

El XXXVII Congreso Eucarístico Internacional de Munich

(3-7 de Agosto de 1960)

El Congreso Eucarístico de Munich ha sido un auténtico Congreso alemán. Grandioso, maravillosamente organizado y profundo.

Un Congreso Eucarístico Internacional es la más alta expresión de la ecumenicidad de la Iglesia. Sin embargo, cada nación ha impreso sin duda en los sucesivos Congresos de Chicago, Buenos Aires, Budapest, Río de Janeiro o Barcelona, un carácter especial a estas manifestaciones, las más grandiosas que conoce el mundo. Lo germánico, con acentuación de lo regional bávaro, ha predominado en Munich.

Las preocupaciones alemanas

Con enorme curiosidad he visitado Alemania después de largos años de ausencia. La había conocido de estudiante en la alborada del Hitlerismo. Con dolor y espanto pude asistir más tarde y ver de lejos el crecimiento y derrumbe del monstruoso castillo de naipes creado por el dictador megalómano, uno más en la moderna serie de magos de las masas, que en América desemboca en Perón y Fidel Castro.

Llegué a Munich una semana antes del Congreso para asistir a los encuentros internacionales que lo precedieron: servicio social, trabajadores, juventud, artistas, liturgia, publicidad... Estos encuentros recordaban la organización de las dietas (Katholiken Tag) de los católicos alemanes, que se repiten cada dos años en alguna ciudad alemana, donde personalidades eminentes de cada profesión discuten, antes de las grandes asambleas masivas, los asuntos más vitales de la vida católica alemana.

Pronto pude advertir cuáles eran las preocupaciones dominantes del catolicismo alemán.

En el primer plano la obsesión por la **unidad de la nación**, partida en dos por capricho de los vencedores: la Alemania occidental de Adenauer, donde bajo el régimen social cristiano se ha operado el llamado **milagro de la restauración económica**; y la Alemania oriental roja, evidentemente inferior en progreso económico y satélite forzoso de la Rusia comunista. Un alto jerarca expresaba: "Nosotros no pedimos más de lo que el mundo moderno concede sin discusión a cualquiera nación africana: la autodeterminación, y no se nos concede".

En segundo plano: el recuerdo doloroso de la **aventura de Hitler**, que lanzó, con la magia de sus ensueños de la supraraza aria, a la masa hipnotizada a la conquista del mundo.

Alemania, después de deslumbradoras victorias iniciales, ha perdido sucesivamente dos guerras mundiales. Los espectadores lejanos de la tragedia alemana no tenemos idea de los su-

frimientos de una parte de Alemania bajo la dictadura policíaca de Hitler; y de la entera Alemania al derrumbarse sus frentes de combate en la segunda guerra mundial. Hemos olvidado que el 50% de todas las mujeres de Berlín fueron violadas por los soldados rusos, y un número menor, pero siempre grande en otras ciudades, por los batallones aliados, sobre todo por los soldados negros. Hemos olvidado el frío y la desolación invernal de las ciudades bombardeadas, el hambre de millones de hombres de una nación superpoblada, a donde se arrojaron desde Polonia, el Corredor, Silesia, Checoslovaquia y Hungría, 13 millones de evacuados. Dos millones perecieron, Dios sabe dónde y cómo. Dos millones quedaron en la Alemania roja. Nueve millones han sido asimilados por la Alemania social cristiana. Todavía la Alemania de Adenauer ha tenido que acoger 3.500.000 refugiados de la zona roja. ¡Cómo ha sufrido este pueblo y qué grandioso resulta el milagro de su recuperación económica!

Pero, desde lejos, corremos el peligro de no advertir que si es cierto el **milagro económico**, no es menos cierto que el pueblo alemán ha quedado psicológicamente atormentado y maltrecho. Se detestan los sueños de grandeza; se busca y se logra, por vez primera después de varios siglos, la amistad con Francia y la unidad económica de Europa sin pretensiones de hegemonía; hay comprensión de los valores extraños. Pero se ha perdido la fe en los hombres providenciales y en los movimientos de masas. Se han desvanecido fundamentales valores espirituales: concretamente la idea de **patria**. Se mira en exceso al bien inmediato, al bien económico. En lo espiritual: en algunos se ha acentuado el egoísmo individualista; en muchos el fatalismo; se habla incluso de nihilismo. Y en los jóvenes, que no hicieron la guerra, prolifera un afán de placeres inmediatos, una suerte de hedonismo malsano. Nos asombramos de oír a un joven sacerdote. "El Congreso Eucarístico ha sido para mí una cura terapéutica espiritual. Después de la pesadilla de Hitler, detestaba yo instintivamente las marchas y los desfiles, detestaba las grandes concentraciones. En la explanada del Theresienwiese, unido a millón y medio de católicos de todo el mundo, he vivido nuevamente un sentido real de lo colectivo; me he sentido perdido en el Cuerpo Místico de Cristo sin perder el sentimiento de mi propia personalidad". Otro joven alemán nos decía: "Trabajar... trabajar... reconstruir para volver a perderlo todo en una nueva guerra".

Características del Congreso

Con estos antecedentes se entenderán algunos detalles característicos del XXXVII Congreso Eucarístico.

En primer término: la **preocupación por la Iglesia del silencio**. En América, muy lejos de la cortina de hierro, se esfuma fácilmente la preocupación por los hermanos de la **Iglesia del si-**

lencio. En Alemania, una frontera indignante, que de Norte a Sur la divide en dos, custodiada celosamente por soldados rojos, separa hermanos y parientes. A dos pasos está la Iglesia del silencio. El recuerdo de los hermanos perseguidos, sutilmente atemorizados y atormentados, es tan vivo, que el Congreso Eucarístico de Munich no ha podido menos de registrarlo. Las autoridades de la Alemania oriental no han permitido que **sus católicos**, cuya fe se nos dirá que se respeta, asistan al Congreso. Su prensa ha desatado una persistente campaña de difamación, que presenta al Congreso Eucarístico como un acto de afirmación política, concretamente pro-atómica, en favor de Adenauer; ya los Cardenales de Berlín y Nueva York —Julius Dopfner y Francis Spellman— como prelados militaristas. En Venezuela difícilmente alcanza la expresión "Iglesia del silencio" la resonancia viva y dolorosa, que se percibía en Munich.

La segunda característica es el **influjo del movimiento litúrgico** en los actos del Congreso. La sesión inaugural tuvo lugar un miércoles por la noche; se cerró un domingo por la mañana. La liturgia del jueves, viernes, sábado y domingo se calcó de los oficios de la Semana Santa, según la reciente reforma de Pío XII. El jueves, la cena eucarística; el viernes la Pasión, con la evocación de la Iglesia del silencio y la Hora Santa en el campo de concentración de Dachau; el sábado y domingo, el día de la Luz y el día del Señor, el Aleluya de la Resurrección y la exaltación triunfal de la Eucaristía.

El católico alemán, más preparado que el latino para el conocimiento de su fe, que ha de defender continuamente en un medio protestante o ateo, ha sido especialmente instruido en la vida litúrgica, en la oración colectiva y en el canto coral. Más de un millón de personas en el Congreso Eucarístico recitaba y cantaba la Misa solemne con una voz unísona imponente.

Sobre estas dos características predominaba, sin embargo, algo que dimanaba espontáneamente de la ecumenicidad de la reunión. El lema del Congreso era: **PRO MUNDI VITA (Por la vida del Mundo)**. La consigna: convertir la **Statio urbis** de Munich en **Statio orbis**.

Todo el Congreso quedó impregnado del **sentimiento de catolicidad**: todos los pueblos y todas las naciones y aún todas las lenguas. Contra lo que decía machaconamente la prensa comunista de la Alemania oriental no se trataba de una parada del Occidente contra el Oriente. Muy al revés. Precisamente el día 6, sábado, fiesta de la Transfiguración del Señor, se reunían los católicos de Oriente y Occidente para ofrecer al Señor el Santo Sacrificio en rito bizantino. Se llamó **Statio Orbis** al altar espacioso, colocado en la cima de la colina circular, construída en la Gran Explanada del Congreso.

A estas tres características hay que añadir otra, muy alemana: la preocupación por el orden, la previsión y la puntualidad.

La organización del hospedaje fué perfecto. Se esperaba un millón de peregrinos. Miles de jóvenes alemanes durmieron en tiendas de campaña en los alrededores de la ciudad. Los extranjeros fuimos instalados en hoteles, pensiones, colegios y edificios oficiales. Los cardenales y prelados en los antiguos palacios reales o estadales. Algunos, en familias particulares.

Todo estaba previsto. Un auténtico ejército de scouts de ambos sexos, enfermeras, autos de la Cruz Roja y médicos estaban a la orden en el más leve accidente de las grandes concentraciones.

Pudiera decirse que el Congreso Eucarístico quedó diluído por todas las Iglesias y grandes salones de Munich. Los alemanes concedieron singular importancia a los encuentros internacionales de las más diversas actividades católicas.

Para las grandes concentraciones se dispuso de una gran Explanada verde, situada en el centro de la Ciudad: **Theresienwiese**. Mide 800 metros de largo por 400 de ancho y está circundada de terraplenes y amplísimas calles. En el centro se levantó una colina cónica con gradería circular, destinada para los Cardenales, Prelados y eclesiásticos oficiantes. La colina, de 15 metros de altura, quedaba achatada en la cumbre y sombreada por un toldo mariposa —en realidad ocho alas de mariposa que se encontraban en el centro— que desde lejos lucía grácil y elegante, pero que en realidad cubría un amplísimo presbiterio de 34 metros de diámetro.

Asistieron 30 Cardenales y 450 Obispos; varios millares de sacerdotes. Los asientos de la Gran Explanada estaban previstos para medio millón de personas. Cabía de pie otro medio millón dentro de la Explanada, y muchos más en los terraplenes y a la orilla de las 24 calles circundantes.

Los actos centrales del Congreso

No cabe en este artículo la crónica pormenorizada del Congreso. Para quien no haya vivido los hechos resultaría monótono e intolerable. Vamos a fijarnos, casi exclusivamente, en las grandes concentraciones, sobre todo en las solemnidades nocturnas, celebradas en la Gran Explanada del Theresienwiese.

Dos actos grandiosos preludivieron la inauguración del Congreso: el día 31 de Julio: una Misa Pontifical del Cardenal Wendel, de Munich, en la Plaza de los Teatinos. Estaba destinada a la Juventud Católica bávara, muy cerca del teatro de las concentraciones hitlerianas, y la solemne recepción del Cardenal **Gustavo Testa**, Legado del Papa, en el Marienplatz, frente al Ayuntamiento. Los caprichosos cálculos sobre la asistencia —contra los que tenemos prevenciones muy justificadas— oscilaban entre cien y trescientas mil personas.

SOLEMNE APERTURA DEL CONGRESO

El miércoles, 3 de Agosto, a las 8 p.m., en la Gran Explanada se inauguró el Congreso ante un público de medio millón de personas.

Tras una introducción grandiosa de trompetas el Coro festivo canta una hermosa poesía de Gertrudis von le Fort, música de Joseph Haas:

¡Salve, hermosa ciudad, salve!
Venimos desde lejos; nuestro bastón de caminante es la fe.
Entramos por tus puertas como en la gran esperanza.
Pues el horror camina por nuestra tierra.
El temblor se pasea por todas las calles del tiempo.
¿Quién nos salvará cuando venga la muerte?
¿Quién abrazará la tierra contra su pecho cuando comience a derrumbarse?
El Señor salvará nuestra vida cuando muramos,
El no abandonará esta hermosa tierra cuando se derrumbe...
¡Todos los pueblos son uno en El!
¿Por qué os angustia la muerte, hijos de los hombres?
Del cielo descendió el que os ha salvado.
El Creador se hizo vuestro hermano y venció la muerte:
El que es la misma vida se hizo vuestro manjar.

Un coro de niños respondió:

Con nuestras voces infantiles
alabamos el eterno misterio.
Con voces de todos los pueblos
cantamos con honda alegría,
pues Cristo es nuestra vida.

Y la masa de medio millón de congresistas replicó con imponente estruendo:

Alabad a Dios en su excelso trono
pueblos de toda la tierra,
ensalzadle con gran alegría,
naciones todas del mundo.

Estremecidos por la música y la poesía entramos a cantar unas **Laudes**, que recordaban las recepciones romanas de los siglos octavo y noveno. Concretamente la recepción de Carlomagno y los Santos Cirilo y Metodio. Plegarias por todos los Cardenales, Prelados, y sacerdotes presentes; por el Cardenal Wendel, Obispo de la ciudad; el Cardenal Legado; el Papa... por los legítimos gobernantes de los pueblos... por los fieles presentes. Súplicas en las lenguas más variadas a los santos patronos de cada nación: en alemán, a los Santos Bonifacio, Canisio, Isabel; en griego a los Santos Basilio, Crisóstomo, Anastasia; en francés, a los Santos Juana de Arco, Paúl, Sales; en inglés, a los Santos Jorge, Patricio, Cabrini; en español, a Santiago, Guzmán, Fernando, Claver, Rosa de Lima...; en portugués, en ruso, ugandés, vietnamita, japonés, chino... Cada pueblo sentía conmoverse su orgullo y vibrar su tecla afectiva.

Inmediatamente el Cardenal Legado declaró: Para alabanza y gloria de Dios Todopoderoso, para aumento del culto de la divina Eucaristía, abrimos en el día de hoy, tres de Agosto del año de salud 1960, este Congreso en honor de la Santísima Eucaristía y anunciamos solemnemente nuestra voluntad y el hecho de su apertura.

Acto seguido se cantó el Veni Creator Spiritus y el más joven de los Cardenales, Julius Dopfner, de Berlín, pronunció un discurso breve y concentrado sobre el tema: **La esperanza de los pueblos**. El Prelado, que tiene media feligresía en el mundo occidental y otra mitad bajo el yugo comunista dijo:

"La Statio Orbis, la celebración de la Eucaristía de la Iglesia mundial, ha empezado... Dirijamos una mirada al mundo del que venimos... Ansiedad de vivir, temor de la muerte, soledad en medio de los hombres... Jesús, el Señor, nos dice: el pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo. De esta palabra se tomó el lema de nuestro Congreso: Pro mundi vita: Por la vida del mundo... Enseñemos a un mundo escéptico mediante nuestra comunidad piadosa y viviente, unida con el Señor eucarístico, que Cristo en este siglo de las masas, cumple las esperanzas de los pueblos".

Medio millón de personas entonó en latín el Himno del Congreso, y después de dos horas de respetuosa participación en el acto litúrgico se diluyó ordenadamente por las 23 bocacalles, que circundan la Explanada. Pero aún en la ordenada Alemania, autobuses, tranvías, taxis y trenes eran objeto de un vigoroso asalto. Todos los medios de locomoción resultaban insuficientes.

JORNADAS DE ORACION Y ESTUDIO

(Jueves, viernes y sábado 4, 5, 6 de Agosto)

Durante el día:

Fiestas litúrgicas y clausura de los encuentros internacionales en todas las Iglesias y grandes salones de la ciudad.

Así el **jueves**: hubo ordenaciones sacerdotales en once iglesias. Pontificales y misas de comunión en las parroquias; en algunas feligresías ágapes fraternales, servidos, en algunas ocasiones personalmente por algunos cardenales. Actos especiales para Sacerdotes, Obras misionales, Caritas Internacional, Educadores cristianos...

El **viernes**: peregrinación expiatoria y Hora Santa en el antiguo campo de concentración de Dachau. Solemnidad eucarística para sacerdotes, con sermón del P. Lombardi, asamblea de profesionales universitarios.

El **sábado**: reuniones de Pax Romana, Juventud Católica, Juventud Obrera Católica, con discurso de Mons. Cardijn. Asambleas de Universitarios, Trabajadores, Artesanos, Comerciantes, Campesinos...

Por la noche, a las 8

Asambleas litúrgicas en la Gran Explanada. El jueves, Misa dialogada y cantada; comunión de los fieles; lavatorio de los pies. Bendición de los recién ordenados.

El viernes, solemnidad de la Santa Cruz. Adoración de la Cruz y adoración nocturna del Santísimo.

El sábado, Misa Pontifical en rito bizantino, con participación del pueblo y cooperación de un coro griego, ruso y ucraniano. Renovación de las promesas del bautismo, repartición de luces, según la liturgia del Sábado Santo.

La ola de tempestad y frío, que azotaba a toda Europa, parece que hubiera tenido su epicentro en la Gran Explanada de Munich durante la reunión nocturna del viernes, 5 de Agosto. Llovió torrencialmente. Hubo de abreviarse el acto y quedó concluido en poco más de una hora. Una parte del público fué retirándose. Con ejemplo admirable, los cardenales, los prelados y más de 100.000 asistentes resistieron el aguacero torrencial. La púrpura de los cardenales perdió su brillo y destilaba gotas rosadas.

Peregrinación y Hora Santa en el campo de concentración de Dachau

El mundo entero conoce Dachau: uno de los campos de concentración, creados para judíos, polacos y cristianos recalitrantes por el aparato infernal de la policía hitleriana. Una pavorosa demostración del regresionismo del más cruel de los siglos, el siglo XX, en que los estados totalitarios han utilizado todos los refinamientos de la ciencia para atormentar al hombre.

Dachau está cerca de Munich. Los organizadores del Congreso Eucarístico designaron la tarde del viernes, 5 de Agosto, para una peregrinación expiatoria y una Hora Santa en el fatídico campo de Dachau. Estaba especialmente consagrado a los jóvenes, desconocedores de las horas de terror vividas por sus padres.

El antiguo campo de concentración es hoy un cuartel yanqui. Pero las mazmorras y los lugares de ejecuciones y torturas se han conservado. Las dos filas de pabellones, destinados a los reclusos, están separadas por una avenida central, en cuyo fondo el Arzobispo de Munich ha obtenido construir una capilla, dedicada a la Agonía de Cristo. La capilla tiene una forma extraña de castillo mazmorra.

En esta avenida central se concentró el viernes, a las dos de la tarde, una multitud no inferior a las 200.000 personas. Algunos llegaron a pie. Los más en autobuses.

Entró solemnemente la Juventud con sus banderas, avanzó silenciosamente por los pabellones carcelarios y se detuvo frente a la Capilla. Se inició el acto con los himnos juveniles y una plegaria. Inmediatamente se alzó, frente a la Cruz de la capilla, el Obispo auxiliar de Munich, Dr. Johannes Neuhausler, antiguo prisionero de Dachau, y dijo en voz solemne:

¡Hermanos y hermanas! En este lugar se estableció el año 1933 el campo de concentración de Dachau. Hasta el fin de la guerra ingresaron aquí unos 200.000 hombres, de 23 naciones. De ellos unos 30.000 según cálculos no abandonaron el campo de concentración con vida. Murieron de hambre, debilidad, epidemias o fueron asesinados.

Aquí en frente estaba el lugar en que eran ahorcados. Unos pasos más adelante corría la sangre de los que eran muertos con un tiro en la nuca y caían a la llamada fosa de sangre. Detrás de Uds. se encuentra la barraca en que los prisioneros eran sometidos a peligrosos experimentos médicos. También éstos costaron la

vida a muchos. Aquí cerca estaba la barraca de los condenados a muerte, es decir, la barraca de los sufrimientos sin fin y la agonía.

Hace quince años tuvieron fin los horrores de Dachau. El dolor, la tristeza, la protesta y la vergüenza duran todavía. En esta hora se reúnen aquí hombres que no pueden olvidar y hombres a quienes no les está permitido olvidarlo. Aquí hay belgas, franceses, holandeses, judíos, italianos, polacos y miembros de otras naciones que sufrieron en Dachau. Aquí hay alemanes que estuvieron prisioneros en este campo de concentración y otros que vivían fuera sabiendo o no sabiendo lo que aquí acontecía.

¿Qué hemos de decir nosotros? ¿Qué hemos de hacer nosotros? Queremos hallar una respuesta a estos hechos. Lo hacemos como cristianos, acordándonos de nuestro Señor y Redentor. En estas horas del primer viernes santo dió Cristo la respuesta al tomar sobre sí los pecados de los hombres en la agonía de la Cruz.

La Hora Santa constiuó una meditación impresionante de la pasión de Cristo. Un diácono leyó el episodio evangélico de la agonía de Getsemaní. Un nuevo superviviente de Dachau, un francés, narró las horas de angustia y las horas de amor, vividas allí. "Aquí, en la Iglesia del silencio, aprendí a amar a mis hermanos y conocí la realidad del misterio de la Comunión de los Santos". Así sucesivamente el episodio del Ecce Homo y más tarde el de la agonía en la Cruz, seguidos de nuevas narraciones de otras víctimas de Dachau.

El espíritu de la Hora Santa quedó sintetizado por el orador de orden: Dr. Fraz Hengsbach, Obispo de Essen:

Queridos cristianos: Nos reunimos a la hora de la agonía de Cristo para hacer memoria de su agonía y la de infinitos hombres atormentados. La relación entre ambas aparece clara en las palabras de Cristo: "Lo que hicisteis a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis". Si aplicamos esto a Dachau tenemos que decir: Donde se sufren agonías tan terribles está presente la agonía de Cristo. El ha sufrido aquí, ha pasado hambre, fué golpeado, ahorcado, fusilado, quemado... El gritó al Padre: Dios mío, Dios, mío, ¿por qué me has desamparado?... Porque El se identificó con todos los que fueron víctimas de la humanidad.

Especialmente conmovedoras resultaron las frases del orador cuando habló del perdón:

... todos tenemos parte en este pecado... de manera especial los alemanes, que nos hicimos culpables en hombres de 37 naciones... No sólo como seres aislados, sino también como familias, como pueblo frente a otros pueblos se requiere el perdón para que el amor venza sobre el odio... La confesión de nuestra culpabilidad, nuestro perdón —el dado o el recibido— serían incompletos, si no incluyéramos nuestra disposición para la expiación... Expiación significa, más que renuncia al espíritu de violencia, renuncia al libertinaje en el uso de la libertad, que es el padre de todos los sistemas de violencia.

Estas palabras, en Dachau, en labios de un prelado alemán, conmovieron profundamente a los espectadores extranjeros, que constituían la mayoría del público asistente.

Llovía mansamente. Los espectadores se cobijaban bajo los paraguas o se contraían en sus gabardinas. Y muchas lágrimas silenciosas rodaban por las mejillas de los participantes. ¿Quiénes entre ellos eran antiguos encarcelados? Pude advertir cómo sobresalía entre la muchedumbre por su prócer estatura el R. P. Asistente de las Provincias jesuíticas alemanas: el P. Van Gestel, antiguo prisionero de Dachau. Su presencia me recordó la curiosa historia de los jesuitas, presos en Dachau. Formaron su propia comunidad jerarquizada: Superior, Maestro de novicios, Profesores, Estudiantes y Novicios. La comunidad del silencio se renovaba continuamente. Alcanzó a los 27 miembros. Muchos murieron de mengua. Varios, ajusticiados.

Terminó la Hora Santa con la Consagración de la Capilla. El público alemán cantaba:

Cabeza llena de sangre, y de heridas —llena de dolor, cubierta de oprobios— oh cabeza, rodeada de burla —con una corona de espinas—... Muéstrame, oh misericordioso —el rostro de tu gracia... Cuando mi corazón luce —entre las angustias supremas— arráncame de tanta pena— por el mérito de tus dolores.

La Hora Santa en el Campo de concentración de Dachau fue la nota más emotiva del Congreso Eucarístico de Munich.

SOLEMNE CLAUSURA DEL CONGRESO (Domingo, 7 de Agosto, 9,30 a. m.)

Tras la borrasca del viernes y sábado, la aurora anunció providencialmente un domingo espléndido. Cuando, a las 9 a.m., llegamos a la Gran Explanada, la encontramos casi llena, y por las 23 bocacalles, que la circundan, avanzaban 23 ríos humanos. Los 500.000 asistentes sentados tenían su puesto designado. Otros 700.000 hubieron de acomodarse de pie en el Campo, en los terraplenes, las calles y los miradores circunvecinos. En el centro de la Gran Explanada y en torno a la colina central se dejó libre una calle cuadrangular para la Procesión del Santísimo. Con precisión germánica se calculó el público en un millón doscientos mil asistentes.

Comencemos por la fría enumeración de los actos de aquel acontecimiento triunfal: Toque de trompetas. Himno del Congreso. Radiomensaje del Santo Padre. Ofrendas por las misiones de todas las arquidiócesis del mundo. Misa Pontifical. Sermón del Cardenal Legado. Comunión. Procesión del Santísimo en la Gran Explanada. Bendición del Santísimo. Te Deum y volteo de campanas de todas las Iglesias de la ciudad.

El locutor de la Asamblea habló del acto más grandioso de todos los tiempos. No estoy en capacidad de comparar el espectáculo de la Gran Explanada de Munich con las concentraciones de otros Congresos Eucarísticos Internacionales. Ciertamente en Munich se sumaba a la grandiosidad del acto, el orden perfecto y la viva participación del pueblo en los actos litúrgicos. Impresionaba la plegaria o el canto unísono de personas.

El mundo entero conoce ya el radiomensaje del Papa. Si hubiera de seleccionar su párrafo más expresivo, citaría el siguiente:

"Hija del amor y obra de la justicia es la paz (Is. 32, 17). Todos vosotros, así como Nos, advertís con ansiedad el nubarrón de peligros que se cierne sobre el género humano y que la paz de los pueblos corre grave riesgo. Pidamos todos a portía a Jesucristo, Príncipe de la Paz, que ilumine la mente de los supremos jefes de los Estados; que deshechas las tinieblas de los errores, dé a los pueblos la verdadera paz, fundada en el respeto de los derechos de la Iglesia y de la dignidad humana; y que finalmente, con el rocío de los consuelos celestiales, conforte a los que Nos tenemos en nuestro espíritu y no han podido acudir a estas fiestas triunfales. (Aludía a los alemanes del Este).

Una obra de arte, delicada y teológicamente profunda, fué el sermón del Cardenal Legado. Tanto el Papa, como él, sintonizaban con la Iglesia del silencio y con la angustia del mundo presente; y terminaron ante la Eucaristía con un clamor de esperanza.

Sólo Dios, dijo el Cardenal, sabe qué hora de la historia mundial es la presente. En la serenidad de esta nuestra hora miramos al Señor de la eternidad. Nos alegramos ya en su venida, pues nosotros vivimos ya en El. Al fin del Apocalipsis leemos "Habla quien da testimonio de esto. Sí, venigo pronto". Nosotros contestamos con la comunidad cristiana primitiva: 'Amén, ven Señor Jesús! ¡La gracia de Jesucristo, el Señor sea con nosotros, los santificados! ¡Amén!

Mil doscientos sacerdotes repartieron la Comunión por espacio de una hora.

A las dos de la tarde se cerró la procesión en la que desfilaron solamente las banderas, los cardenales, los prelados y varios miles de sacerdotes.

¿Habrá sido el de Munich el más grandioso de los Congresos Eucarísticos mundiales? Ignoramos si en Buenos Aires, Río de Janeiro o Barcelona fué superado —en números precisos— la concentración de 1.200.000 personas, que vimos juntas en el Theresienwiese. Ciertamente las comuniones fueron más numerosas en Buenos Aires y Barcelona. Tenemos que repetir que Munich sobresalió por el orden perfecto, la viva participación de los fieles en la liturgia, el recuerdo persistente de la Iglesia del silencio. Tal vez hubo un recargo de actos públicos, Congresos y encuentros internacionales. Pudimos advertir que los organizadores del Congreso creían haber logrado sus objetivos. Estaban satisfechos y orgullosos.

En todo caso robaron, con su amabilidad y comodidades de hospedajes, el corazón de los peregrinos del mundo entero.

Cierro esta crónica con un recuerdo personal. Cuando en la noche del domingo, 7 de Agosto, asistí en el Bayerhalle a la exhibición folklórica con que Baviera quería homenajear a los congresistas, ante los bailes dieciochescos, los cantos serranos matizados de graciosos y típicos falsetes (jodeln) alpinos, y las bufonadas de los toneleros de Munich, sentí la gratitud y admiración por aquel pueblo —fuerte, noble, laborioso y creyente— que supo brindarnos algunos de los momentos más emocionantes, que he vivido en mi existencia trashumante y andariega.

M. AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.